



CAPÍTULO DOS



Cuando Tom era pequeño, Neil le parecía una especie de dios. Su papá no tenía un trabajo aburrido, como otros: era apostador. Bebía *martinis* como James Bond y engañaba a la gente para quedarse con su dinero. Tom se crió oyendo relatos sobre cómo a su padre le pagaban boletos de avión para que participara en los torneos profesionales de póquer, cómo se alojaba en las suites más grandes en los pisos más altos de los hoteles y dejaba miles de dólares de propina a las empleadas de limpieza. Las mujeres siempre buscaban algún motivo para hablar con él, pero Neil las ignoraba como si fueran invisibles, porque estaba enamorado de la mujer más hermosa de todas.

Cuando Tom era pequeño, creía en ese sueño. Estaba seguro de que los días de gloria de su padre regresarían. En cualquier momento Neil volvería a ser aquel ganador, y entonces se quedarían en un mismo lugar y su mamá regresaría con ellos, arrepentida de haberlos dejado.

Pero ahora, a los catorce años, Tom sabía que a su padre ya no lo invitaban a los mismos torneos a los cuales solía viajar gratis, y que su madre no regresaría. Nunca pasaban más de una o dos semanas en un

mismo sitio, y nunca lo harían. No creía que aquello fuera a cambiar. Ya era bastante mayor para creer en los cuentos de hadas.

Tom guardó los guantes en el contenedor del salón de RV. En su mente resonaban sus propias palabras: *Soy bueno para los juegos*. Metió las manos en los bolsillos e hizo caso omiso de sus miedos hasta que de ellos solo le quedó un dolor en la panza.

Trató de volcar sus pensamientos hacia lo otro que había ocurrido ese día: Heather. No podía dejar de pensar en sus palabras, en cómo le había sonreído cuando creyó que estaba invitándola a salir. Esa noche, al pagar una habitación doble en la recepción, seguía pensando en ella, y sentía tanta expectación por lo que sucedería a la mañana siguiente, que no logró dormirse hasta bien pasada la medianoche.

Y entonces entró su padre, tambaleándose.

Neil encendió la luz y el brillo irrumpió de golpe a través de los párpados de Tom. Los resortes rechinaron cuando se dejó caer sobre la otra cama.

—¿Así que otra vez conseguiste habitación, Tommy? Siempre puedo contar contigo. Eres un muchacho muy bueno. Eres un... un buen chico.

Tom apenas entreabrió los ojos, y al entornarlos contra los raudales de luz vio a Neil aflojarse la corbata con manos torpes.

—Papá, ¿podrías apagar la luz?

—Vamos a salir de esto algún día, ¿eh, Tommy? —dijo, arrastrando las palabras—. La próxima vez que gane mucho, ya está. Se acabó.

Tom se levantó de la cama y cruzó la habitación para apagar la luz.

—Cien mil es todo lo que pido —prosiguió Neil—. No voy a des... despil... a perderlo todo otra vez. Alquilarémos un apartamento. Más grande que aquel donde ese bobo de Dalton tiene viviendo a tu mamá. Tal vez algún día te envíe a una escuela de verdad. En un edificio, ¿sabes?

Sonrió a Tom con aire descuidado. Con el cuello desabotonado, el cabello revuelto y el rostro lánguido y sin afeitar; parecía un demente.

Tom apagó la luz. Neil era su familia. Y su papá lo cuidaba, eso lo sabía. Pero desde aquella primera vez en que los asistentes sociales les hablaron

sobre regularidad escolar y Tom había descubierto cómo vivían los demás niños, se había puesto a pensar.

Lo cierto era que, antes de Rosewood, había dado por sentado que era normal vivir así. Pensaba que todo eso de tener una casa, ir a la escuela y cenar a la mesa eran puras fantasías. Neil siempre decía que era “propaganda de las corporaciones para fomentar la servidumbre mediante el endeudamiento de por vida”.

Pero no era propaganda. Claro que a muchos les iba peor. Mucho peor. Había familias en la calle, viviendo en ciudades improvisadas, usurpando viviendas y fábricas abandonadas. Pero había también sujetos como Serge León, que había vivido en un mismo lugar durante años. Y Serge sí sabía dónde dormiría la noche siguiente. Tom no podía prever nada. Lo único que sabía era que estaría en algún lugar con Neil. Con esto.

Con *esto*.

Una sensación fea y oscura se apoderó de él mientras los ronquidos húmedos de su padre saturaban el cuarto de hotel. Incluso con el acondicionador de aire encendido, el sonido resonaba en sus oídos. Tom cambió de posición, se dio vuelta, se apretó la almohada contra la cabeza, tratando de amortiguarlo, pero era como tratar de no hacer caso a un huracán: el ruido se hacía más y más fuerte.

Finalmente, Tom renunció a dormir y apartó la almohada.

Necesitaba dispararle a algo.

A las cinco y media de la mañana el salón de RV estaba vacío; era un galerón solitario lleno de sofás y pantallas con brillo tenue. Tom se acomodó en el sofá del centro, se colocó un visor, revisó la selección de juegos y eligió “Mueran, Zombis, Mueran”. Dos horas más tarde había disparado y apuñalado hasta llegar al nivel nueve y obtener una bazuca. Estaba concentrado en hacerle un buen agujero en el torso a la Reina Zombi cuando de pronto el juego parpadeó y todo se puso negro.

—¡Ey! —protestó, y levantó la mano para quitarse el visor, pero en ese momento volvió a encenderse, con otra imagen.

Los oculares mostraron un trazo carmesí que se expandió hasta dejar un paisaje marciano muy rojo. Tom miró alrededor, sorprendido. Era como si, sin querer, hubiera activado otro juego dentro del juego.

Decidió probar.

Lo primero que hizo fue examinar el atuendo y el armamento de su personaje. Tenía un traje espacial. *Es un personaje humano, entonces.* En el horizonte divisó un tanque que avanzaba a tumbos por el paisaje rojo sangre. Se abrió una burbuja de información que le dijo que en ese tanque con motor de hidrógeno estaba su enemigo con el objetivo de matar o morir.

El cañón cilíndrico se movió hacia él, y su corazón dio un vuelco. Tom giró con toda la rapidez con que su personaje podía moverse y se arrojó a una zanja, justo antes de que una explosión le sacudiera los huesos y levantara una polvareda a su alrededor. Se arrastró entre la nube de polvo hasta el pozo de artillería más cercano. Otro disparo le pasó cerca y se dejó caer en el refugio improvisado.

La atmósfera ligera de Marte retumbaba, mientras el tanque avanzaba hacia él como un lento presagio de su muerte. Sintió un estremecimiento de entusiasmo. No estaba acostumbrado a entrar en una simulación a ciegas. La puntería del tanque mejoraría una vez que estuviera más cerca, y ni siquiera ese pozo podría salvarlo. Tendría que volar a su enemigo en pedazos antes de que ello ocurriera.

Empezó a descubrir de qué se trataba: era una incursión, una broma que un jugador hacía a otro introduciéndose en su sistema para desafiarlo con una simulación. Nunca había sido objeto de una incursión. Él no podía meterse en el sistema de nadie porque no sabía cómo hacerlo.

Casi sentía vértigo por su buena suerte. Deseó con desesperación que se tratara de un jugador increíblemente bueno, alguien espectacular. Alguien que pudiera derrotarlo. Mataría por un verdadero desafío.

Miró alrededor. Estaba atrapado en una zanja, en terrible desventaja. La única arma a su alcance era un fusil iono-sulfúrico de dispersión que había en la tierra roja. A lo lejos se veían otros refugios; los símbolos que tenían inscritos en sus costados le informaron que en uno había un lote de granadas y en el otro, fusiles antitanques C29. De acuerdo con la burbuja de información que apareció en el borde de su campo visual, esos eran exactamente lo que necesitaba para eliminar al tanque, pero ¿cómo podía llegar hasta allá sin que le dieran?

El suelo se estremeció a su alrededor con otro disparo. Sus guantes vibraron a causa del temblor. Decidió aprovechar la bruma carmesí y se lanzó hacia el fusil. Lo tomó y volvió a saltar al pozo. Era un arma bastante sencilla, según la siguiente burbuja de información. Demasiado débil como para detener un tanque, pero sí podía generar un par de pequeñas explosiones, cubrir todo con una película blanca y crear una distracción. Necesitaba disparar, aprovechar la bruma como camuflaje y llegar al refugio antitanque, pero ¿y después?

El tanque seguía acercándose y haciendo retumbar la tierra. Entonces se dio cuenta de que su lógica tenía un error: fuera quien fuera aquel jugador, probablemente sabía que el refugio del C29 era el camino seguro a la victoria para Tom. Si el jugador era el tipo que conducía el tanque, había previsto la bruma sulfúrica. Estaría esperándola. Obtendría de antemano las coordenadas del refugio antitanques, esperaría unos segundos y luego trazaría una línea de fuego directamente hacia allá.

No, Tom no podía darle esa ventaja. Tendría que ser más astuto.

Entonces decidió hacerle creer que cometía ese error fatal. Disparó el fusil iono-sulfúrico y cubrió la atmósfera alrededor del tanque con una bruma blanca.

Pero no se lanzó hacia las armas antitanques.

De un salto salió de la zanja y corrió directamente hacia el tanque. Dio un último vistazo al enemigo para calcular su velocidad y su posición y se hizo a un lado antes de que este atravesara la bruma y lo atropellara. El

estruendo del tanque al pasar hizo caer a su personaje. A través de la bruma blanca, Tom divisó el vehículo metalizado y arremetió.

Se lanzó hacia él, buscando asidero a tientas, y trepó por la parte trasera. Después de algunos movimientos de sus guantes con sensores, el personaje de Tom se encontraba sobre el tanque, por encima de la compuerta. Para eso sí le serviría el fusil. Apuntó al cerrojo, lo voló y abrió la compuerta antes de que el tipo que iba adentro se diera cuenta de que su perdición estaba entrando por el techo.

Con una risa triunfante, Tom se dejó caer por la compuerta y aterrizó sobre sus pies con un sonido metálico. Avanzó hacia el sorprendido tripulante. El otro no llevaba traje espacial. No soportaba la atmósfera; los gases en su interior intentaban salir disparados por su piel hacia la atmósfera más leve de Marte.

–Buen intento, amigo –dijo Tom, y lo golpeó en la cabeza con la culata del fusil, una y otra vez, hasta que quedó inmóvil.

Tom dejó caer el arma y se acomodó junto al cuerpo inerte para esperar el siguiente nivel, con la esperanza de que el jugador que había incursionado en su sistema no huyera con el rabo entre las patas.

Pero entonces el cadáver se transformó. Tom se levantó de un salto y observó, fascinado, cómo pasaba de ser un hombre con ropa de combate a una mujer. Una chica.

Ella se sentó, se apartó el cabello oscuro de los ojos y le dirigió una sonrisa lenta e hipnótica. Tom la miró boquiabierto; el cerebro se le puso en blanco con desconcierto.

–Heather –dijo. De pronto se dio cuenta de que había sido *ella* quien había incursionado en su sistema... Lo había desafiado con una simulación. Se preguntó si aquella sensación de asombro y entusiasmo que lo recorría era lo que se sentía al estar enamorado—. ¡Tú también juegas!

–No exactamente, Tom –respondió, con tono provocador–. Felicidades. Aprobaste.

–Aprobé... ¿qué cosa?

Pero Heather se desvaneció y la simulación quedó a oscuras. Tom se quedó contemplando la oscuridad, confundido, y hasta sus oídos llegó el sonido de unos aplausos lentos pero continuos.

Sus oídos *verdaderos*.

Tom levantó el visor y recorrió el salón de RV con la mirada para ver quién era la otra persona que estaba ahí.

El recién llegado era un hombre maduro de cabello entrecano, rostro alargado y pálido, nariz bulbosa y uniforme militar de trabajo. Estaba sentado en el sofá de enfrente y se puso de pie. Tom se dio cuenta, incómodo, de que seguramente llevaba un rato observándolo.

—Bien —dijo el hombre—, es usted todo lo que esperaba, señor Raines. La mayoría ni siquiera logra ingresar al tanque en el primer intento —se dio unos golpecitos en la oreja y dijo—. Tengo confirmación visual: es Raines. Ya puedes desconectarte; la dirección de red es correcta. Buen trabajo, Heather.

La transición del mundo virtual al mundo real siempre hacía que Tom se sintiera raro y tonto, aun cuando no le sorprendía que un extraño hubiera estado observándolo jugar.

—Espere, ¿conoce a Heather? ¿Ustedes dos armaron esa simulación?

—La señorita Akron estaba buscándolo por mí —respondió el hombre—. Hace un mes que le sigo la pista, hijo. Es usted difícil de encontrar. Apenas ella consiguió la dirección de red donde estaría hoy, tomé un avión hacia acá. Quería hacerlo pasar por esta prueba antes de decidirme, pero sabía que no me defraudaría. Y no lo ha hecho.

La mente de Tom recordó por un momento las constantes afirmaciones de su padre (“A la oficina de impuestos le encantaría ponerme las manos encima”) y retrocedió. Aunque, por otro lado, aquello también podía tener que ver con la amenaza de la profesora Falmouth de llamar al Servicio de Protección al Menor. Fuera como fuera...

—¿Por qué me estuvo buscando?

—Digamos que estoy buscando jóvenes que concuerden con cierto perfil, y usted encabeza mi lista. Uno de mis oficiales lo descubrió en una

red de juegos, pero usted siempre se mudaba a otro lugar antes de que lográramos hacer contacto. Anoche lo observé enfrentarse a su rival aquí, en el salón. Buen truco, el que usó en esa carrera.

Tom se paralizó.

—Ah, ¿vio eso?

—También lo observé en otras ocasiones: en el sur de California, en Nuevo México.

Tom fijó la mirada en la punta de la nariz bulbosa del hombre, tratando de encontrar rápidamente una excusa. No había estado haciendo nada ilegal... Bueno, nada ilegal además de jugar por dinero siendo menor de edad. En realidad, por sí solo eso era muy ilegal. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicarlo?

—No lo vi en persona —le aseguró el hombre—. Me dieron una grabación de algunos viejos juegos suyos. Este no es el primer casino al que va, lo sé. Juega mucho. Estoy impresionado.

Tom parpadeó.

—¿Impresionado?

No era lo que había esperado.

—Soy el general Terry Marsh. Quizá ya sepa que el gobierno ha estado inspeccionando el país en busca de algunos de nuestros jóvenes más prometedores para que combatan en la guerra.

Tom no dijo nada. Su mente no registraba las palabras.

—Estoy aquí —prosiguió Marsh— porque necesitamos a alguien como usted en la Aguja Pentagonal.

La Aguja Pentagonal. Donde se entrenaban los combatientes de las Fuerzas Intrasolares. Donde vivían personas como Elliot Ramírez.

Tom comprendió lo que pasaba. Se apartó del hombre con una carcajada.

—De acuerdo, ¿alguien le pidió que hiciera esto? Porque no soy tan estúpido. No sé de qué se trata esto en realidad, pero no le creo.

—Lamento oír eso —respondió Marsh secamente—. La mayoría de los adolescentes no dudaría un segundo en aprovechar la oportunidad para unirse a nuestros combatientes.

Tom dio media vuelta para encarar al hombre, pero este permanecía serio. Y, al fin y al cabo, traía uniforme militar.

—Es una broma, ¿verdad? Tiene que serlo.

Marsh le hizo una seña para que se sentara.

—Señor Raines, ya conoce la situación actual de la guerra. Sin duda la conoce.

Tom se quedó donde estaba.

—No vivo en una cueva.

—Tomaré eso como un sí. Verá: antes les dábamos a los programadores el control de las máquinas indoamericanas que pelean en todo el sistema solar. Ellos creaban programas que determinaban los actos de las máquinas. Actos lógicos. La alianza ruso-china adoptó la misma estrategia, de modo que el combate se volvió muy previsible. El resultado estaba predeterminado, y a menudo se llegaba a un punto muerto. Entonces hicimos algo más listo: insertamos un factor humano en la conducta de las máquinas.

—Los combatientes.

—No, primero fueron hackers. Ellos interferían el software ruso-chino. A su vez, Rusia y China emplearon sus propios hackers y volvimos a caer en punto muerto. Pero sus militares fueron un paso más allá y concedieron a los seres humanos el control activo sobre sus máquinas de combate. Estrategas. Gente de ideas poco convencionales. Personas que corrían riesgos, que actuaban en forma independiente. Jóvenes, porque los adolescentes tienen ciertos atributos que son vitales para este tipo de combate. Por eso ahora nosotros también tenemos jóvenes en el frente; estos que desempeñan un papel esencial en la guerra.

—Como Elliot Ramírez —señaló Tom.

En otras palabras, chicos prometedores, talentosos, con iniciativa. Jóvenes que no se parecían a él *en nada*.

—Exacto —respondió el general, impávido—. Elliot aportó varias fortalezas a nuestras fuerzas: carisma, encanto, y es excelente en patinaje artístico.

Tom bufó. No pudo evitarlo al imaginar nada menos que a Elliot Ramírez con una malla de patinaje ceñida y brillante.

Marsh lo miró con fastidio.

—Puede burlarse cuanto quiera, jovencito, pero ese chico tiene un ADN de oro. Habría sido espectacular en cualquier actividad. Si no hubiera terminado con nosotros, estaría compitiendo en los Juegos Olímpicos. Lo que nos importa son sus posibilidades. Buscamos personas prometedoras, capaces de emplear estrategias efectivas contra los combatientes ruso-chinos. Podemos entrenar a nuestros reclutas, hacerlos mejores de lo que nunca imaginaron, pero ¿posibilidades innatas? Es lo único que no podemos crear. Ramírez aportó algo único. Y tenemos la esperanza de que usted también pueda hacerlo.

Una sensación de incredulidad invadió a Tom. Aquello no podía estar pasando.

—¿Necesita una prueba, Raines?

—Sí —respondió él enseguida.

—¿Y si le muestro una Moneda de Desafío? —Marsh sacó una moneda del bolsillo—. Los integrantes de la Fuerza Aérea...

—Se muestran esto entre sí para probar que son militares. Lo sé. He jugado a un millón de simulaciones militares.

Tom le quitó la moneda y la hizo girar entre sus dedos para ver la insignia de la Fuerza Aérea en el reverso.

Marsh volvió a tomarla y presionó la punta de un dedo sobre el logo.

—Brigadier General Terry Marsh, Fuerza Aérea de Estados Unidos —dijo el hombre. La superficie de la moneda se encendió con un resplandor verde al verificar la voz, la identidad, las huellas digitales y el ADN, todo a la vez.

Tom observó los dedos cortos y gruesos de Marsh con la moneda apretada entre ellos, tratando de imaginar de qué manera alguien podría haber falsificado la tecnología de la Fuerza Aérea. La otra posibilidad, la de que ese general realmente estuviera allí por él, era tan increíble que no lograba concebirla.

—¿Esto aprueba su inspección? —le preguntó el hombre, agitando la moneda con dos dedos.

Tom se quedó observando la moneda, y luego volvió a mirar a Marsh.

—¿Realmente vino por mí? ¿Cree que *yo* podría ser un combatiente?

—Es una gran ocasión, Tom. Nuestros cadetes reciben educación en teoría de la estrategia y, si son buenos, les damos la oportunidad de dirigir nuestro arsenal intrasolar mecanizado. En casos como el suyo, la destreza cognitiva y los reflejos desarrollados por estos juegos de simulación le dan una preparación perfecta para operar máquinas de combate.

—¿Por eso me eligió? ¿Porque soy bueno en los juegos?

—Exacto. Por eso lo queremos.

De pronto, Tom pensó en la profesora Falmouth. Sus palabras resonaron en su mente: *¿Para qué eres bueno?*

Para esto, aparentemente; para salvar el país, como Elliot Ramírez.

—Y su rápida victoria en este juego de prueba —prosiguió Marsh— es para mí como la cereza sobre el pastel. Sería perfecto para nosotros.

Tom cerró los ojos y volvió a abrirlos, para ver si era solo un sueño glorioso. Pero el general seguía allí, y el salón de RV era real.

Marsh asintió brevemente al descubrir algo en el rostro de Tom.

—Así es, hijo. Su país lo necesita en la Aguja Pentagonal. La pregunta es: ¿es usted suficientemente hombre como para ganar una guerra para nosotros?

—Ni lo sueñes —dijo Neil.

Tom se sentó en el borde de la cama, en su habitación del hotel. Neil tenía una bebida en la mano porque, como siempre le gustaba decir, la única cura confiable para la resaca era un buen destornillador. La sola mención del encuentro de Tom con el general Marsh bastó para resaltar todas las arrugas en su cara.

—Papá, no puedo dejar pasar esto —repuso Tom, y hojeó el formulario que le había dado Marsh para que sus padres dieran su consentimiento—. Van a entrenarme y seré combatiente. Y es por nuestro país...

—No pelearás por nuestro país, Tom —insistió Neil, y al mover la mano un poco de jugo de naranja saltó por encima del borde del vaso—. Nuestros militares pelean por conseguir los primeros derechos sobre los minerales extraplanetarios para Nobridis Inc. La alianza ruso-china pelea por conseguirlos para Stronghold Energy. ¡La guerra no es por los países! Las multinacionales usan ejércitos financiados con el dinero de los contribuyentes para librar sus escaramuzas privadas, y engañan al público colgándole el manto del patriotismo. ¡Esto no es más que una gran pelea entre integrantes de la Coalición para ver quién será el CEO más rico del sistema solar!

No era la primera vez que Tom oía esa diatriba contra los poderes establecidos. Neil la repetía cada vez que alguien le preguntaba por qué nunca había tenido un empleo estable (“¿Por qué no me dejé apretar el cuello en el yugo de la servidumbre corporativa, querrás decir?”) o no pagaba impuestos (“¡Tengo mejores causas que apoyar con mi dinero que llenar las arcas de Estados Unidos S.A.!”).

Por eso, Tom siguió examinando el formulario y dejó de prestarle atención.

—¿Sabes cómo tratan los militares a su gente? La mastican y luego la escupen, así la tratan. Para ellos, eres solo un instrumento más, y ¿para qué? Para tu país, no. ¡Para la billetera de algún ejecutivo a quien nunca conocerás, que vive en una suite de lujo que jamás verás!

Tom recorrió a su padre con la mirada: su trago descuidado de la mañana, su ropa arrugada, su rostro sin afeitarse.

—Papá, esta es una carrera. Es una vida de verdad. Marsh dijo que hasta van a pagarme un sueldo.

—Tú ya tienes una vida de verdad. Que esa rata de general no venga a decirte que...

—No necesito que me convenza de nada —exclamó Tom—. Estoy harto de esto. Es lo mismo una y otra vez. Tú pierdes todo nuestro dinero, y yo falto a la escuela y tengo que vérmelas con la profesora Falmouth. Seguro que por eso... —se interrumpió.

Había estado a punto de decirlo. Ese pensamiento oscuro, el que nunca ponía en palabras.

Seguro que por eso nos abandonó mamá.

Neil tardó un momento en hablar, como si hubiera oído las palabras fantasmas.

—Esta no es la única vida que podemos tener. Si estás cansado de esto, nos estableceremos en alguna parte. No es necesario que vayas con ellos. La próxima vez que gane, se terminó.

Tom cerró los ojos; la sangre le palpitaba en la cabeza. Nunca habría una “próxima vez”. Y aunque la hubiera, no sería suficiente... y esa ganancia se perdería en las apuestas con la misma rapidez que las demás. Ya había escuchado todo eso antes. Su padre nunca abandonaría aquella vida. La promesa no tenía valor. Y Tom tampoco, si no huía mientras podía.

—No *necesito* ingresar en la carrera militar, papá. *Quiero* hacerlo —abrió los ojos y enfocó el tema desde la perspectiva de su padre—. ¿Es por el dinero? Mi sueldo irá a un fideicomiso, pero me darán una mensualidad para gastos. Puedo enviarte un poco. Puedo ayudarte.

¿Por qué el hombre lo miraba como si le hubiera clavado un puñal o algo así? Ambos sabían que últimamente era Tom quien pagaba los hoteles.

Neil apretó la mandíbula.

—Está bien. De acuerdo, Tom. Firmaré todos los malditos formularios que quieras. ¿Quieres echar tu vida por la borda? ¿Quieres comprometerte con la máquina de la guerra corporativa?

—Sí, papá: quiero comprometerme con la máquina de la guerra corporativa —respondió con pasión—. Es mi elección.

—Es tu error.

—Puede ser. Pero es *mío*.

Neil le arrancó el formulario de las manos.

—No es así como debe ser la rebeldía adolescente. Deberías hacerme enojar haciendo algo escandaloso, no uniéndote al poder establecido.

–Esto es lo más escandaloso que voy a hacer, papá. Firma el formulario.

–Preferiría que te hicieras un tatuaje.

Neil garabateó su firma en el formulario y transfirió la custodia de Tom a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos.

Aquella tarde, el general Marsh regresó para recoger el formulario.

–Señor Raines, no debe preocuparse por Tom mientras esté con nosotros. Cuidaremos bien a su hijo –dijo Marsh, y le extendió la mano.

Neil lo miró con un odio glacial, ignoró su mano y fue a darle a Tom un brusco abrazo de despedida.

–Tom –le dijo, alborotándole el pelo con una mano–, pase lo que pase, cuídate *tú*. ¿Entendido?

–Entendido.

Tom no pudo evitar extrañarse al ver la expresión de su padre mientras se marchaba con Marsh. Neil los seguía con la mirada como si estuviera seguro de que esa era la última vez que veía a su hijo.